



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La identidad cultural e histórica de América Latina y la Universidad

Autor: Zea Aguilar, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1990). La identidad cultural e histórica de América Latina y la Universidad. *Cuadernos Americanos*, 6(24), 181-191.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IV, núm. 24, (noviembre-diciembre de 1990).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA IDENTIDAD CULTURAL E HISTORICA DE AMERICA LATINA Y LA UNIVERSIDAD

Por *Leopoldo ZEA*
CCYDEL, UNAM

UN VIEJO PROBLEMA, que surge en los inicios de la emancipación política de los pueblos que forman la América Latina, sigue siendo el de su integración. Los pueblos que constituyen la región fueron integrados por la dependencia colonial a lo largo de tres siglos y han venido buscando la integración en la libertad desde los mismos inicios de su emancipación política, del viejo coloniaje ibero. Han surgido nuevas fórmulas para tal intención, bajo nuevas dependencias pero ha quedado sin resolver el problema de la integración en la libertad de estos pueblos en la América Latina. Se han hecho frustrados esfuerzos en el campo político, como el que puso en marcha el Libertador Simón Bolívar y, más recientemente, los emprendidos en el campo económico sin pleno resultado. Integración que ahora vienen intentando con éxito los pueblos que forman el Continente europeo pese a sus ineludibles y múltiples diferencias sociales, políticas, económicas y culturales.

Desde hace algún tiempo en América Latina se viene intentando otra posibilidad de integración, la integración por la cultura a través de la educación. Integración por la que estarían más capacitados los pueblos que forman la América Latina, a pesar de sus originales diferencias raciales que el mestizaje ha eliminado. Ya Bolívar habló de esta posibilidad al decir: "Es una idea grandiosa poder formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, deberá por consiguiente tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse". ¿Acaso, preguntaríamos ahora, no estamos más capacitados los latinoamericanos que los europeos

por este origen común expresado en la cultura? Las diferencias, sin embargo, que han impedido esta integración en la libertad, las encontrará el mismo Bolívar no sólo en la diversa situación geográfica y de climas, sino en la diversidad de intereses y caracteres que, lejos de unir, dividió a esta América. Estas diferencias son, precisamente, las que pueden y deben superarse a través de un proyecto educativo común que haga ver la relación que entre sí tienen estos pueblos, sin menoscabo de su particularidad. La ineludible identidad histórica y cultural de los pueblos que forman la América Latina habrá de ser el instrumento central en la búsqueda de la integración de la región. Existe una historia común, impuesta por diversas formas de dependencia y por los esfuerzos hechos para anularlas. Una cultura común, que ha permitido a nuestros pueblos, pese a sus ineludibles diferencias, entenderse entre sí a lo largo del subcontinente del Río Bravo a la Tierra de Fuego.

Un origen común, el impuesto por la dependencia a lo largo de quinientos años. Una historia común, la que esta dependencia ha impreso en el afán por ponerle fin. Una cultura común, que ha dado sentido a esta historia, y con tal sentido la posibilidad de rebasar la dependencia en el logro de otra relación que deberá ser de solidaridad. Una historia común, originada en el encuentro de culturas y etnias diferentes a las que la cultura ha dado sentido. Sentido que ya ha integrado, a lo largo de la misma, una América Latina que aparece como encontrada y dividida. En esta región del Continente Americano se dieron encuentro no sólo las culturas de los conquistadores y los conquistados, sino las de otros muchos pueblos con sus etnias, hábitos y costumbres como las de los desarraigados pueblos del continente africano y las culturas emigradas de los pueblos asiáticos. Encuentros que la misma cultura de la conquista, a la que dio sentido la evangelización, fue dando unidad, y con ella la posibilidad del mestizaje cultural y étnico. Región mestiza la de esta parte del continente, que el mismo conquistador y colonizador ibero trajo con su propia sangre y cultura. La cultura y sangre del mestizaje que a su vez, a lo largo de ocho siglos, le impusieron el conquistador y colonizador africano, semita e islámico. Conquistador y colonizador abierto por naturaleza al gigantesco mestizaje cultural y racial que habría de darse en América, distinto del puritanismo anglosajón que vio en el mestizaje el rebajamiento de su propia humanidad. En ese sentido una América, como la latina, capaz de integrarse no sólo continental sino plane-

tariamente como lo soñaba Simón Bolívar, al hablar de una Nación de naciones que abarcase el universo entero.

En la nueva posibilidad para la integración latinoamericana por la vía de la educación y la cultura se considera que el día en que cada niño, joven y adulto tome conciencia por esta vía de lo que tiene de común con el resto de los niños, jóvenes y adultos de los pueblos de la América Latina, ese día será algo natural la integración buscada en otros campos, como el político y el económico. De aquí que se recomienda que se establezca la obligatoriedad, en todas las etapas de educación, del conocimiento de la historia y cultura latinoamericanas, tal como es obligatorio el conocimiento de la historia y cultura nacionales y las de las consideradas universales. Se piensa que el proyecto de integración bolivariana, y de quienes lo han intentado a lo largo de esta nuestra historia, habría corrido otra suerte si quienes los siguieron hubiesen tenido conciencia de lo común que tienen entre sí pueblos de esta América y lo que esta conciencia de lo común pudo haber implicado para el propio y peculiar desarrollo y modo de ser, que lejos de anularse se potenciaría. Para posibilitar esta conciencia de lo común se ha recomendado la creación de institutos, centros de estudio e investigación y la formación de profesores e investigadores que hagan posible en todos los campos de educación ese conocimiento de lo común, como se tiene de lo peculiarmente propio y lo considerado como universal.

Ahora bien, dentro de las instituciones educativas que pueden propiciar y estimular este conocimiento están centralmente las universidades, las instituciones destinadas a preparar y posibilitar el futuro de las naciones de las que son máxima expresión cultural. Tal ha sido la función de la Universidad a lo largo de la tierra y de la historia; institución que da sentido al orden establecido, pero también puede contribuir a cambiarlo. La Universidad en esta nuestra América está destinada a posibilitar el cambio. El cambio de una historia que no puede ya seguir siendo el del orden para mantener la dependencia impuesta, sino para que se rebase esa dependencia. Así lo ha entendido la Universidad en esta América nuestra. Institución de alta educación y de cultura a partir de la cual se toma conciencia de que no basta la emancipación política de los pueblos para alcanzar su plena autonomía, que la emancipación política ha de ser seguida por lo que los próceres en este campo llamaron "emancipación mental".

La toma de conciencia de que se pasa de una dependencia a otra dependencia ha planteado esta nueva necesidad. Así fue en-

tendido en Argentina, en el movimiento de la Reforma Universitaria de Córdoba en 1918. "Las universidades —decía el manifiesto que dio inicio a esta nueva etapa emancipadora— han llegado a ser un reflejo de las sociedades decadentes que se empeñan en ofrecer el triste espectáculo de una inmovilidad senil. Por eso es que la ciencia, frente a estas casas mudas y cerradas, pasa silenciosa o entra mutilada y grotesca al servicio burocrático". "Se nos acusa ahora de insurrectos en nombre de un orden que no discutimos, pero que nada tiene que hacer con nosotros. Si ello es así, si en nombre del orden se nos quiere seguir burlando y embruteciendo, proclame-mos bien alto el derecho sagrado a la insurrección". "En la Universidad Nacional de Córdoba y en esta ciudad no se han presenciado desórdenes; se ha contemplado y se contempla el nacimiento de una verdadera revolución que ha de agrupar bien pronto bajo su bandera a todos los hombres libres del continente". Estamos "pisando una revolución, estamos viviendo una hora americana".

La revolución, expresa en estas palabras, volverá a plantear el problema de la integración de esta parte de la América. El viejo problema planteado por Bolívar cien años antes y que se replantea para ser realizado en otro contexto y con otros instrumentos, que ahora son los propios de la educación y la cultura a partir de la más alta expresión de las mismas, la Universidad. Desde el otro extremo de esta nuestra América, desde México, un maestro que pronto sería proclamado "Maestro de América", José Vasconcelos, puso en marcha otra expresión de esta revolución dando a la Universidad Nacional de México su plenosentido latinoamericano, que habrá de mantener a lo largo de su existencia: "Por mi raza hablará el espíritu", palabras reproducidas en el escudo de la Universidad Nacional Autónoma de México, que contiene en su centro el perfil de la América Latina. Raza de razas, la raza propia del mestizaje, como punto de partida para una Nación de naciones que, como pensaba Bolívar, pudiese llegar a abarcar el universo entero. "En la América española —escribe Vasconcelos— ya no repetirá la Naturaleza uno de sus ensayos parciales, ya no será la raza de un solo color, de rasgos particulares, la que esta vez salga de la olvidada Atlántida; no será la futura ni una quinta ni una sexta raza, destinada a prevalecer sobre sus antecesoras; lo que de allí va a salir es la raza definitiva, la raza síntesis o raza integral, hecha con el genio y con la sangre de todos los pueblos y por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal". Raza cósmica, que no es raza, etnia alguna, sino la simple expresión de

lo humano en sus múltiples e inevitables diferencias. Identidad de identidades que no anula sino potencia la propia y peculiar identidad.

Esta toma de conciencia de la integración latinoamericana, manifiesta tanto en la Revolución Universitaria de Córdoba en 1918 como en la reforma educativa que el México de la Revolución de 1910 pone en marcha, se hará patente a lo largo de toda la región. De allí se derivan tanto movimientos educativos como políticos, tal como el del APRA iniciado por un joven peruano, Víctor Raúl Haya de la Torre, que había sido Secretario Particular de José Vasconcelos en la Secretaría de Educación Pública. El todo es culminación de un pensamiento que se inicia a principios de siglo en la obra del uruguayo José Enrique Rodó y en la obra del libertador cubano José Martí, ambos empeñados en la integración latinoamericana a partir de la toma de conciencia de una cultura común, como lo expresan Martí en su ensayo *Nuestra América* y Rodó en su *Ariel*. Línea seguida por la generación del Ateneo en México, de la que es parte José Vasconcelos, Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. Expresa en los argentinos José Ingenieros y Manuel Ugarte. Pensamiento integrador y antiimperialista frente a viejas y nuevas formas de dependencia colonial.

Esta preocupación ha surgido precisamente de la brutal aparición de un nuevo imperialismo, de una nueva forma de coloniaje, el que se hace expreso en 1898 al iniciar los Estados Unidos su expansión sobre América Latina y el resto del mundo y al declarar la guerra a España, a la cual se enfrentan los patriotas de las Antillas españolas en el Caribe, en el Pacífico y en las Filipinas. Presencia ya manifiesta en México en 1847, cuando se amputó a esta nación la mitad de su territorio y en Centroamérica con la presencia del pirata William Walker. Imperialismo que empieza por tomar el lugar del viejo imperialismo español y ocupa el vacío de poder que éste va dejando a lo largo del Continente. Es este hecho, y la presencia del mismo imperialismo en Centroamérica y el Caribe, lo que hace manifiesta la necesidad de intentar nuevamente la integración de la región a lo largo de la llamada América Latina. Nuevo movimiento de inspiración bolivariana por sus expresiones políticas, en relación con la "hora de América" de que se habló en la Reforma Universitaria de Córdoba, será la rebelión encabezada en Centroamérica en 1927 por Augusto César Sandino, cuyas metas expresa en lo que llamó *Plan de realización del Supremo Sueño de Bolívar*. Sandino recoge los sueños de integración latino-

americana de Bolívar así como el lema vasconceliano que da sentido a la Universidad Nacional de México: "Por mi raza hablará el espíritu".

De las relaciones que guardan entre sí las revoluciones culturales en México y Argentina en la búsqueda de la integración latinoamericana en la educación y la cultura habló ya José Ingenieros, en 1922, al recibir a José Vasconcelos ante los intelectuales argentinos que pugnaban por la creación de una Unión Latinoamericana que sustituyera a la Panamericana. Vasconcelos es presentado como expresión cultural del espíritu nacionalista y revolucionario del México de la Revolución iniciada en 1910. "Los escritores argentinos aquí reunidos —dice Ingenieros— me han delegado el honroso encargo de expresar los fraternales sentimientos que nos inspira el pueblo mexicano, de cuya alta cultura sois el exponente más calificado". José Vasconcelos visto también como exponente de los ideales de la América Latina de esos días. "Por eso acudimos a reunirnos en torno suyo, viva encarnación de esta generación mexicana que merece la simpatía de nuestra América Latina". ¿Qué es lo que une a la Argentina con el México del que es exponente Vasconcelos? Una meta central en común: la integración de la región. "No somos, no queremos ser más, no podríamos seguir siendo panamericanistas". "El América para los americanos", no significa sino "América —nuestra América Latina— para los norteamericanos". "Lo que nos interesa es saber si hay posibilidad de equilibrar su poderío, en la medida necesaria para salvar nuestra independencia política y la soberanía de nuestras nacionalidades".

La hora nos parece grave y hay que decidir sobre nuestra propia integración en relación con otras formas de integración. ¿Habrá que elegir entre la Unión Panamericana y la Unión Latinoamericana? "El viejo plan, esencialmente político, de confederar directamente los gobiernos, parece actualmente irrealizable. Hay que dirigirse primero a los pueblos y formar en ellos una nueva conciencia nacional, ensanchado el concepto y el sentimiento de patria, haciéndolo continental". Dentro de esta conciencia sería legítimo alentar esta integración que, superando las necesidades vitales, "se extendiera a una confederación de pueblos en que cada uno pudiera acentuar y desenvolver sus características propias, dentro de la cooperación y solidaridad continental".

Han pasado ya varias décadas, desde ese 1910 en que inicia la Revolución Mexicana y ese 1918 cuando se pone en marcha la Reforma Universitaria de Córdoba. Ahora estamos en vísperas de un

nuevo siglo para esta nuestra América y un nuevo milenio de la historia de la Humanidad. Los problemas a enfrentar en la América Latina siguen siendo los mismos ahora, ante nuevas formas de dependencia que han ido sustituyendo a las que se diera inicio después de la independencia de España. Formas de dependencia que se han expresado a lo largo de la tierra en una nueva manifestación del colonialismo, que se ha hecho ahora planetario, e incluye al que fuera centro de poder de este coloniaje: Europa, que enfrenta formas de dependencia ya conocidas por esta nuestra América, como la estadounidense. Como respuesta a este coloniaje se han puesto en marcha formas de integración que están sorprendiendo al mundo, como la de la Europa Occidental, que ahora enfrenta el reto de integrarse con el resto de Europa; de una Europa que ha de ir del Atlántico a los Urales, así como otras formas de integración y colaboración que se están dando en otras zonas de la tierra, tanto en Asia como en África. Dentro de este contexto es más necesaria que nunca la integración de esta nuestra región, la América Latina, como punto de partida para una integración que puede ser continental, pero en una relación horizontal de solidaridad y no ya más vertical de dependencia.

Los bloques de naciones que se están formando al uno y al otro lado de nuestro hemisferio, en el Atlántico y el Pacífico, están obligando a quienes se empeñan en el ideal monroísta, que pasó de una "América para los norteamericanos" al "Mundo para los norteamericanos", a replegarse en este nuestro continente común a la potencia del norte y a los pueblos del sur de esta América. El repliegue imperial obligó a pueblos como los nuestros en el continente, a replantear el problema de su integración para no quedar como el último reducto de un poder que llega a su fin. Esto es, a la búsqueda de lo que es común a nuestros pueblos, lo cual permite a los mismos mantener su autonomía frente a la otra América sin menoscabo de una colaboración que no sea ya la puramente instrumental. De una integración obligadamente latinoamericana podrá pasarse a una Unión Americana, no Panamericana, en la que todos los pueblos del Continente se puedan llamar a sí mismos americanos de América, como lo hicieron nuestros Bolívar, San Martín, Morelos y tantos otros, y no como lo vinieron reclamando como exclusivo los Washington y los Jefferson. Gran familia americana que, pese a sus ineludibles diferencias, pueda colaborar entre sí en lo que les es común, sin renunciar a sus ineludibles formas de identidad y los no menos e ineludibles intereses de sus pueblos. Amé-

rica para los americanos, pero no en el sentido de la Doctrina Monroe sino en el sentido en que lo expresa Simón Bolívar, que hace de este continente el punto de partida para una Nación de Naciones.

Para ello habrá que ir creando, por la educación y la cultura, una clara conciencia de lo que Latinoamérica representa para los latinoamericanos, aunque también de lo que esta América ha de representar para los mismos en relación con otras formas de expresión de esta región. Por la educación y la cultura, y como eje central la Universidad. La Universidad que haga honor a su nombre, esto es unidad en la diversidad. Y la igualdad entre hombres y pueblos debe partir de este ser, cada uno ineludiblemente distinto, diverso, personal. Pero estas diferencias no deben ser tan diversas que dejen de ser expresión del hombre, de lo propiamente humano. Porque lo que distingue a un hombre de otro, lo que le concretiza, es, precisamente lo propiamente humano; esto es, lo que lo iguala con otros hombres. La capacidad de reconocer en el otro al semejante, en lo que éste tiene de distinto, de la propia e ineludible identidad, es lo que da sentido a las relaciones de los hombres entre sí. Igualdad en la diversidad, unidad de lo diverso, esto es, universidad. El problema ha estado, precisamente, en la terca insistencia de individuos y pueblos por hacer de su propia identidad piedra de toque de la identidad de hombres y pueblos. El querer ver en la diversidad una justificación para imponer la propia y concreta identidad es no respetarla como se quiere que sea respetada la propia, y esto es lo que ha originado los pueblos de ayer y de hoy.

Todo esto puede y debe ser tarea de la Universidad, de las universidades como diversas expresiones de la misma. Para empezar, afirmar una identidad, la propia de los individuos y pueblos de la que son expresiones las universidades, como punto de partida para la comprensión de otras identidades. Los problemas de identidad que, en una época eran considerados propios de pueblos que carecían de ella, son ya problemas planetarios. Ya no se puede seguir hablando en nuestros días del hombre o de la cultura por excelencia, del hombre y de la cultura como modelos que han de ser copiados por otros hombres y pueblos. Los problemas de identidad se plantean ahora a los mismos pueblos que parecían estar seguros de ella y se consideraban a sí mismos como modelos a seguir: los pueblos europeos del mundo llamado Occidental o Primer Mundo. Dentro de estos pueblos se plantean ahora problemas de identidad semejantes a los que se han venido planteando a nuestros pueblos en América y en otras regiones del mundo considera-

dos marginales. Pues son estos pueblos, los considerados marginales, los que están poniendo en duda a la humanidad y la cultura por excelencia de los pueblos del primer mundo. Estos saben ya que tienen que justificarse ante otros pueblos y aceptar la existencia de otras formas de humanidad que no tienen que ser justamente las propias. La presencia consciente de pueblos como los de esta nuestra América que afirman su propia identidad sin renunciar a ella, han puesto en crisis las pretensiones universalistas de una identidad que no es otra cosa que la expresión concreta, aunque no única del hombre, de lo humano. Lo importante es ahora hacerse comprender en una relación que tendrá que ser solidaria.

¿Tiene la América Latina una identidad? ¿Los hombres de esta región de la tierra poseen una identidad? ¿O es algo que ha de buscarse y realizarse? Por supuesto que nuestros pueblos poseen una identidad, la que se han forjado a lo largo de su inevitable historia. Fue el colonizaje, para beneficio de los colonizadores, el que puso en duda la identidad de otros hombres y pueblos e hizo de la propia un modelo imposible de alcanzar. Nuestros pueblos, como los hombres que los forman, poseen una identidad, no la identidad de los otros, de sus conquistadores y colonizadores, sino la propia y concreta identidad que los primeros han tratado de minimizar para justificar la imposición de sus intereses. Tenemos una identidad, nos guste o no nos guste. No podemos ser otros que lo que somos, como no lo puede ser ningún hombre ni ningún pueblo. Tenemos una identidad como tenemos una sombra. Sin embargo, no es necesariamente sombra, sino una extraordinaria expresión de riqueza de lo humano. La riqueza que le dan sus múltiples y diversos orígenes. Los propios de los pueblos que se han encontrado en esta región. Esta diversidad es la que se va integrando en cada uno de los hombres y pueblos que forman esta América, una dimensión insospechada antes de ahora, la dimensión plenamente universal que suma y no resta. De esta integración, de este mestizaje de nuestra región, se viene hablando ya con orgullo en los últimos tiempos. Partir de ella será partir de lo plenamente humano y, al partir, afirmarlo y hacerlo pleno.

La Unión de Universidades de América Latina (UDUAL) ha venido insistiendo en esta problemática. De su seno han de surgir, por ello, acciones que hagan realidad las que han sido hasta ahora simples recomendaciones. Esto es, se debería ir más allá del discurso convencional para hacer de la identidad punto de partida de la integración de los pueblos que forman la región. Ir más allá de lo

retórico y circunstancial con el objeto de poner en marcha acciones que hagan de la retórica acción que permita alcanzar estas metas. En 1972, en la II Conferencia Latinoamericana de Difusión Cultural y Extensión Universitaria, realizada por la UDUAL en México, se hicieron recomendaciones sobre políticas culturales encaminadas a alcanzar esta finalidad, recogidas después y ampliadas en diversos foros, como la Reunión de Expertos sobre América Latina realizada por la UNESCO en París en 1977. Recomendaciones a las que siguieron las de la UDUAL y fueron el eje de recomendaciones más amplias hechas por la misma UNESCO en la Conferencia Intergubernamental de Políticas Culturales en América Latina celebrada en 1978 en Bogotá, Colombia, y posteriormente en la Asamblea General sobre Políticas Culturales realizada en México en 1982.

De estas reuniones surgieron considerandos en los que se habla de:

- i. Hacer de la identidad latinoamericana instrumento de integración de la región.
- ii. Reconocer los esfuerzos realizados en este sentido en el campo político y económico y hacer de ellos experiencias para un nuevo esfuerzo por la toma de conciencia de esta identidad a través de la cultura.
- iii. A partir de esta toma de conciencia, buscar la integración de la región en una relación horizontal de solidaridad y no ya vertical de dependencia.

Con el fin de que esto se hiciese posible se recomendaron acciones como la creación de centros de formación y estudios sobre América Latina que permitan crear los instrumentos para que, a través de la educación y la cultura, se haga consciente esta identidad y con ella la posibilidad de una integración que tenga su asiento en su ineludible expresión cultural e histórica.

Esto, por supuesto, ha de culminar en la obligatoriedad del conocimiento de la historia y cultura latinoamericanas, en todos los niveles de la educación y la cultura, como es ya obligatorio el conocimiento de la historia y cultura nacionales y las de las consideradas como universales. Porque el día en que cada niño, joven y adulto de cada uno de los países que forman la América Latina tenga conciencia de lo que posee en común con los hombres y pueblos de la región de que es parte, ese día la integración se dará por añadidura, como algo natural.

La Unión de Universidades puede ser el motor de una acción que supere la retórica planteando y discutiendo la forma de hacer

realidad esta integración, creando los instrumentos para lograrla, y llegar así a una acción, a lo que podría ser la recomendación final, de reunir a todos los responsables de la educación y la cultura de los pueblos que forman la América Latina para que elaboren y pongan en marcha políticas educativas y culturales que hagan de cada hombre de esta nuestra región un activo participante de su propia integración. Sería importante una conferencia de las instituciones que forman la UDUAL para poner en marcha esta acción al nivel que le corresponde, creando los instrumentos para que la misma acción se extienda a otros niveles de la educación en los pueblos que forman la América Latina.